

Arte y Artistas en Madrid

Presencia de seis escultores catalanes. Gargallo, Julio González, Manolo Hugué, Marcel Martí, Isabel Salleras y Josep Maria Subirachs: La evolución de un mensaje estatuorio

El mensaje escultórico más importante inserto en temporadas de exposiciones madrileñas es un mensaje catalán. Resulta curioso anunciar, como las cumbres —y las escuelas— de este arte en nuestro país fueron, siempre, catalanas o valencianas. El mensaje a que me refiero lo ofrece la «Sala Skira» con su muestra abarcadora de «Seis escultores catalanes»; a saber: Gargallo —catalán, aragonés—, Julio González; Manolo Hugué; Marcel Martí; Josep Maria Subirachs e Isabel Salleras. Más o menos este del catálogo es el orden cronológico de su expresión estética. Los seis conviven, sin fricciones conceptuales, en el ámbito de la exposición. Aparentaré que la colocación de la obra aparece modélica. No se aprecian saltos, conexiones o choques para la sensibilidad. Hay como una escala didáctica que explica, no ya tanto una evolución como una depuración del concepto escultórico. Sin advertirlo casi, pasamos de las terracotas humanizadas en su volumétrica simplificación de Manolo Hugué, a un torso bronceado —pequeña y transparente pieza escultórica— de Gargallo, marginal a su etapa de chapados recortes; nos detenemos en el oeste de las estatuillas de Julio González, mientras los negativos escultóricos de Subirachs brindan su oscilación —despertar— de formas, según el punto de vista y la luz, y la joven escultura Isabel Salleras fabrica formas, mesas y rítmicos conjuntos de las cabezas y los tallos de acero de sus clavos.

Esto, en una impresión rápida, válida para situarnos ante el lenguaje eterno de la escultura cuyas expresiones, si menos frecuentes que las pictóricas, no dejan de representar hitos caracterizadores y avizorantes. Porque la nota dominante en el trabajo del escultor actual es un rigor consigo mismo que sólo le permite mostrarse en público pasada la etapa del balbuceo o el ensayo. De ahí la profunda entidad personal que cada uno de estos escultores ofrece. A un lado los ciclos —cerrados y antecedentes— de Julio González y Gargallo, queda la experiencia caminante de los otros cuatro. Subirachs, mantiene su descubrimiento de la forma inversa y, a veces, la extrae hacia afuera, a la mancha del modelar clásico, si

bien la deja inserta en lo que pudiere ser su molde a cascarón; tal ocurre con la escultura titulada «Génesis» medio cuerpo femenino, en bronce, inserto en la segunda mitad de una «madreforma» que recuerda las de arena de fundición. Esta media figura, suspendida, se completa con la continuación, ya en negativo, de la cubierta moldeadora. Muy característico del artista su «Personaje metafísico», así como las piezas donde conjuga el bronce y la madera, mediante incrustaciones muy afortunadas. De esta técnica puede servir como ejemplo su pieza «Las horas», espléndida colección de obras de la de Marcel Martí. Significan una evolución desahogada en logrados y sugestivos barroquismos. En ocasiones la escultura es surtidor petrificado, es cenografía desplazada, como ocurre en «Cristida Tiv», obra realizada en material plástico transparente, o rotundidad la madera, o la piedra, o los materiales industriales. Obras únicas, ordenadas como definición sucesiva de un concepto estético. «Prosa», «Fausias», «Halls» y «Nasas», todas correspondientes a la producción realizada por el artista en 1971. Gratísimas sugerencias se desprenden de la obra de Isabel Salleras. Llega a la escultura por el camino de la originalidad, de la gracia personalísima. Ya tuvimos ocasión de ver su obra, hace un par de temporadas, en esta misma sala. Realiza el milagro de convertir en pieza de arte el pequeño objeto utilitario. Para ello debe cambiar su evidencia en la realidad y, naturalmente, su objetivo. En donde Isabel Salleras que en la multitud de pequeños utensilios que rodean al hombre, marcados de una utilidad práctica, hay mil posibilidades de elevación estética. Ella suelta formas, abstracciones, que verifica después con objetos muy concretos. Clavos, tachuelas, tornillos de remache, en su calidad nueva, salidos de la ferretería o en la pátina que les dio ya el uso, se conjugan, rizan y masifican, formando a veces como las aguas de un moar, otras, rompiéndose como el interior de una granada abierta, con la entidada, fruto o la sensación mineralizada del fósil. Esto, por cuanto hace a las piezas exentas. Bellísimos de resultado los paneles que logra empleando como soporte de los clavos de hierro o ace-

ros maderas teñidas en tonos neutros y en las que las diversas alturas del relieve brindan una movilidad de luz de efectos pictóricos. En resumen, gran exposición la de «Skira». Los seis escultores catalanes reunidos en sus salas comportan la completa y compleja evolución de un eficiente mensaje estatuorio.

EL NUEVO PAISAJISMO DE ISABEL MELEIRO

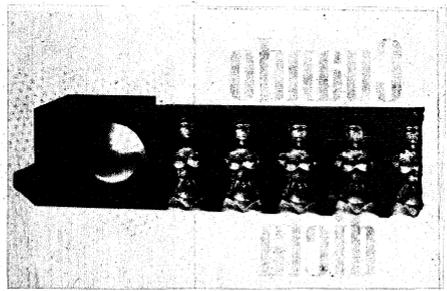
El paisaje, como la composición sinfónica, tiene una precisa entonación musical. Cabe en ella la entereza de la nota sostenida —mayor o menor— y la matización de los matices. Saludó es que aquí música equivale a cromática. Las gamas nos captan y envuelven. Como los sonidos. E incluso hay una métrica del tiempo que las dota de ecomasa. Se advierte esto, sobre todo en el que podríamos llamar «nuevo» paisaje, en el que ya haya fallado en los ejemplos cimeros del anterior. Cabe asimilar un lienzo de Santiago Rusiñol a un concierto de cámara. Y una tela exultante de Mir a un sarsar operístico. En lo próximo, está la plenitud de un Benjamín Palencia donde amarillos y verdes esplenden con la fuerza de una nota en «escudo mayor». Parece posible que el pintor de paisaje se preocupe no tanto de copiar la grana natural como de sentirla. Y este es, en contraste con el pintor de interior o estudio, su punto de peculiaridad. En la galería de arte «Lienzos asistimos a la presentación de una pintura que absorbe, con sorprendente potencialidad, los sonidos de la naturaleza. Isabel Meleiro lo empapa y extiende en bien razonadas diadas de color. Es un paisajismo grandioso, de consecuencias tectónicas donde el máximo protagonismo se adjudica a las tierras. El vegetal es una mancha verde y grata —pura o matizada por las tierras— y, en conjunto, forma un toque de vida a montuosas superficies que, sin él, podrían confundirse con la estricta geometría. Conjura el peligro la jugosidad vital de las gamas de color. Así como en Benjamín Palencia, por ejemplo, el azul se proclama como tono rey del lienzo, en Isabel Meleiro los rojos terrosos se condolan para encusar brillantes y contrastadoras gamas tonales. La pasta se extiende con gran evidencia de materia y recorta su movimiento en el lienzo. La estructura del paisaje se organiza en fronteras de color. La armonía resultante es total. El efecto, poderosamente incorporador. Imposible la contemplación rápida. Si nos detenemos ante un paisaje de Isabel Meleiro no podremos alejarnos de él hasta la hora de descansar brillantes y toda su plenitud orquestal y plástica.

GODLEWSKA: LAS BLANCAS OROGRAFIAS

Pintora-arquitecto, pero de consecuencias estrictamente pictóricas, la que ofrece una colección de su última obra en la galería «Skira». Godlewska, de origen polaco y formación inglesa —en 1955 obtiene el título de arquitecto y estudia pintura con Pacewicz, en Londres— es una pintora decididamente integrada en la plástica española de la más adelantada vanguardia. Al parecer —nos lo dice José María Moreu Galván— en su creación hubo una etapa inicial, representativa. Preparatoria, acaso. Pero con la que, sin duda, terminó. Se diría que decidió prescindir de esa anterior etapa para reconocer y encontrarse en el momento de abstracción que la expresa con toda plenitud. Las telas de Godlewska, son planas entidades, a veces matizadas de una entonación muy diluida, sobre las que se erige una orografía blanca, donde el relieve se pulveriza, desgrana o desintegra y que permite asimismo la continuidad de enlazadas y seguidas diadas. El cuadro ofrece la sensación de limpio y bien expuesto teorema, pero no se encierra en definiciones matemáticas. Hay, en algún momento, como una nomada espacial. Cuando la infinitud y el mensaje solicitador nos llaman desde los extendidos fondos. Como separándonos intencionalmente de esa blanca lava que discurre, empastada, o se corta, eruptivo, donde está contenido, sin duda, el proceso plástico del artista.

PRESENCIA DE LA ESCUELA MASSANA

Fatroceada por la Fundación General Mediterránea, se ha celebrado en el Circolo Catalán de Madrid una espléndida muestra de la Escuela Massana. Acaso el certamen no haya sido alreode de acuerdo con su importancia. Estimulante, ejemplar, la presen-



Josep M. Subirachs. - "Las horas" (bronce). Sala Skira



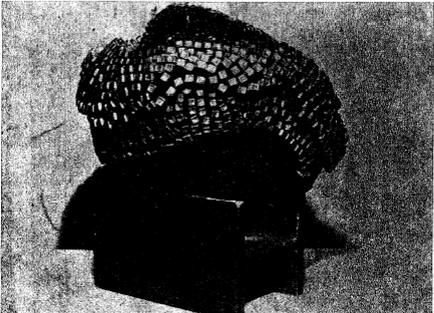
Marcel Martí - Escultura Julio González (Sala Skira)



Isabel Meleiro. - "Paisaje" (Galería Henzo)



Escuela Massana (Círculo Catalán), Joveria



Isabel Salleras. - Escultura (Sala Skira)



Manolo Hugué. - "El torero asis"

guda, fecunda y atrayente. Son muchos los jóvenes estudiantes de arte residentes en Madrid que, con ocasión de las abeceras de arte Castellblancho las solicitaron con el deseo específico de realizar en ella sus trabajos y especializaciones de taller.

JULIO TRENAS